

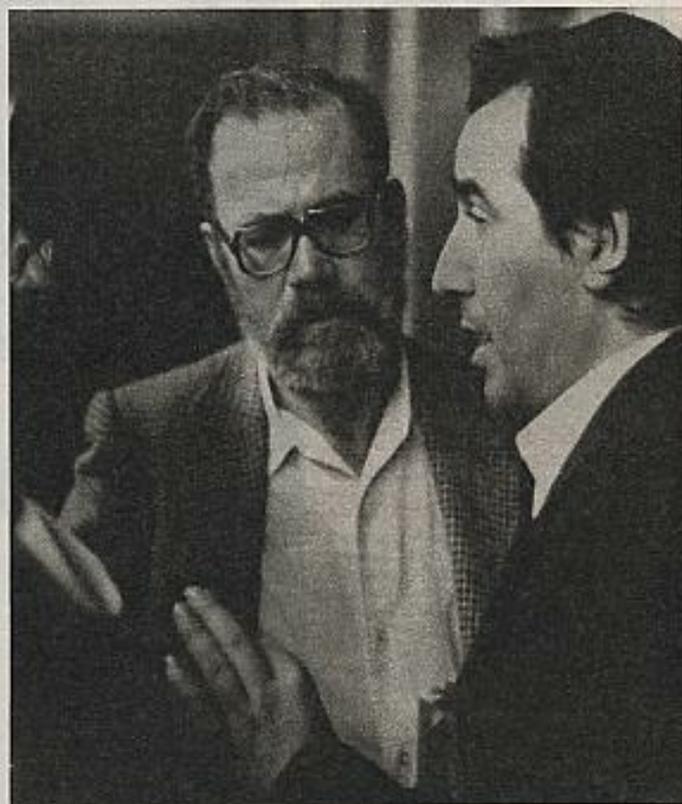
EL PSOE Y LA COYUNTURA

El socialismo español pasa por una de sus crisis características. Va a salir de ella, como partido, en el Congreso extraordinario en los días 29 y 30 de septiembre, si creemos en el optimismo de la comisión gestora que lo administra y que realiza un esfuerzo de condensación entre las distintas opiniones y opciones y se profetiza la nueva elección de Felipe González; hay comentaristas que la profetizaron en el mismo momento de su dimisión, y que incluso consideraron esta dimisión como una maniobra hábil para demostrar su condición de irremplazable, incluso para asegurar mejor la opción que él representó, que se ha centrado en la renuncia al marxismo. Parecería corroborarlo la declaración de Carmen García Bloise, de la comisión gestora, al considerar que el interregno ha sido difícil pero fecundo: "una toma de conciencia", "un hallazgo de soluciones"; incluso un aumento en el número de militantes. Siempre según esta opinión tan calificada, al final del Congreso extraordinario quedará hecha la definición general del partido: "socialista, democrático, antiimperialista, federal, autogestionario y de masas, haciendo alusión al bloque de clases, pero sin definirse interclasista". Desaparece cualquier alusión al marxismo, pero naturalmente tampoco aparece, porque de ella se huye, la palabra socialdemocracia. Una de las querellas del socialismo es lingüística, semántica, como tantas otras de tantos partidos y de tantas cosas de nuestro tiempo. Por algunas razones históricas, y por cargas de agresividad contrarias, se ha venido a considerar marxismo como sinónimo de revolucionarismo, de dureza, de izquierdismo; y socialdemocracia como equivalente a pacto, retroceso, derechismo (1).

En realidad, el terrorismo semántico con que, al destrozarse el significado de las palabras se ha destrozado el pensamiento, casi impediría el uso de la palabra socialismo, a partir de la querella del socialismo científico contra el socialismo utópico, del socialismo de reforma frente al socialismo de revolución, a la apropiación del término por fuerzas antagónicas ("nacional-socialismo", o la famosa definición del Plan Marshall como "una noción socialista de la inversión internacional"). La defensa de la base contra este terrorismo semántico que le cae como una agresión continua y que le hace incomprensible el discurso está en la simplificación. De ahí que lo que haya llegado de esta querella interna sea un conjunto de nociones más o menos equívocas, más o menos acertadas. En esta simplificación, Felipe González y la tendencia que representa significaría un posibilismo, una oposición constructiva, una adecuación con matices al mundo occidental, una diferenciación neta del comunismo, un sentido de la oposición que puede llevar a formar parte —en casos que todavía se describen como agudos para el país— de un gobierno de coalición; las posiciones contrarias serían las de una definición de la ruptura, una estancia permanente en la oposición con el fin de tra-

tar de corregir las posiciones del Gobierno y de la derecha, un mayor entendimiento con el PCE en el sentido de la presentación de unas posiciones comunes frente a un enemigo también común, una acción más dinámica frente al desafío de la sociedad, una definición más clara como partido de clase. El trabajo de síntesis entre estas dos ideas o dos imágenes —la realidad es siempre más compleja y más variada— de lo que se enfrenta puede realizarse en el Congreso extraordinario de septiembre, se está realizando ya en la comisión gestora y en las discusiones y entrevistas que se multiplican. Puede que la postura que en la simplificación se considera como izquierdista haya renunciado, en parte, a uno de los aspectos de la división, que es la lucha por el poder: no por falta del deseo de tenerlo, sino porque lo ven más lejano. Quizá consigan introducir algunas de sus palabras, de sus reservas, de sus condiciones, en la síntesis. Probablemente cuando ésta se produzca y se declare, será también un discurso poco comprensible para militantes y, sobre todo, para electores. Como todas las fórmulas de compromiso, como todas las ambigüedades necesarias de nuestro tiempo.

NO parece que todo este proceso por el que está atravesando el socialismo español sea muy distinto del que pasan otras ideologías, otros partidos, otras formas. La derecha discute entre sí con mucha mayor rapacidad y con una dureza verbal extraordinaria, sobre todo por la parte de la derecha



Francisco Bustelo y Luis Gómez Llorente representan la línea marxista del PSOE.

(1) Véase, en págs. 16-18, unas declaraciones de Felipe González a TRIUNFO.

28 CONGRESO PSOF

Algunos comentaristas consideran la dimisión de Felipe González como una hábil maniobra para demostrar su condición de irremplazable.



que no está en el poder. La que está en el poder —UCD y sus emparentados— se sostiene precisamente por la remuneración del poder: quienes lo disfrutan no riñen —o lo hacen a puerta cerrada— y quienes no lo disfrutan, pero tienen posibilidades de ello, están en situación de expectativa. El Partido Comunista sofoca sus disensiones por una mayor rigidez en el aparato, pero también por lo que queda de una fe en el futuro largo; y por una determinada acción política que arroja fuera del mismo partido, hacia partidos que incluyen la palabra comunismo en sus siglas, pero que no son oficialmente comunismo, por una semántica también aceptada, las disensiones. Elevándose sobre todo este panorama veríamos en todos los partidos, de izquierda y derecha, una misma división final que pertenece al campo de la psicología del temperamento: un radicalismo que preconiza la seguridad en los grandes dogmas y en las posiciones inquebrantables —en los casos de aberración llega al terrorismo—, una moderación que trata de impedir violencias y posturas irreconciliables y una especie de centro que busca síntesis. Convengamos en que la situación histórica del país, y la abundancia del miedo, lleva a unas mayorías hacia las posturas moderadas —es un fenómeno que se da en toda Europa— y hacia el trabajo de síntesis.

El choque principal de esta postura mayoritaria está en que la realidad no es moderada. En primer lugar, es más sonora —por su propia definición, por su propia naturaleza—, la facción dura: desde la aberración de la violencia física hasta el estilo verbal y escrito de quienes la practican: esto da idea de una realidad muy agresiva. Pero la realidad intrínseca es, en sí, mucho más agresiva. Lo es la realidad económica mundial y lo es en mucha mayor medida —por arrastre histórico, por pobreza, por incapacidad empresarial, por falta del sentido del trabajo, por dejación a todos los niveles y, desde luego, por falta de teoría, que se encubre con "programas" y "declaraciones" que apenas cubren nada— la española. Están en pugna opciones de vida de la sociedad —el divorcio, la familia, el feminismo, la juventud, la libertad de expresión— que se manifiestan con considerable rudeza; como lo están las presiones internacionales y sus definiciones —OTAN, multinacionales, bases extranjeras, inclinación al Tercer Mundo, etcétera— que parecen más disminuidas en la polémica general. Hay términos políticos por los que se ve el cierre del Gobierno y su partido hacia opciones cada vez más derechistas, y se ve también una resurrección continua —en influencia, en dinero, en fuerza, en adscripciones de gentes de poder, en violencia— la

extrema derecha. El terrorismo no cesa de funcionar; las amenazas, tampoco. Todo ello, repito, configura una realidad aspera y escasamente moderada que está favoreciendo actitudes contrapuestas. Por una parte, acentúa la necesidad de moderación por parte de todos, de disminución de la agresividad, de reducción de los términos de enfrentamiento, con la intención de enfocar el desafío con alguna entereza. Por otra, requiere una dinámica, una adopción de soluciones realmente urgentes, una innovación de los métodos. Probablemente lo que se entiende por socialdemocracia —aceptado ese término como una realidad etimológica y fundamental de izquierdas, aunque la izquierda la repudie y la castigue por su involución histórica— es de poca aplicación inmediata en una realidad de empobrecimiento y de reaparición de la lucha de clases; probablemente el revolucionarismo tampoco lo es por la falta de condiciones objetivas, porque no hay una fuerza revolucionaria real o porque el empobrecimiento no ha llegado a los límites de miseria de Nicaragua, del Irán o de Guinea Ecuatorial.

TODO esto atañe al Partido Socialista y a su crisis actual, porque en realidad está sumido en una crisis colectiva, o en una sucesión de crisis: la de la izquierda general europea, la del mundo occidental en el que actúa incesantemente, y la de España en particular. En la pugna entre la necesidad de una moderación política para mantener el tejido superficial del país y la realidad agresiva que nos circunda —y que apenas ha hecho nada más que empezar— no acierta, como no acierta nadie, a encontrar un camino propio.

SERIA justo y necesario que el partido, en su Congreso de septiembre, encontrase una salida de síntesis; y que esa salida de síntesis fuese lo suficientemente clara, lo suficientemente explícita, como para definir su propia realidad y sus posibilidades de acción en la realidad circundante; que no se perdiera en semánticas de compromiso. Probablemente no va a conseguir evitar este último riesgo. Va a conseguir quizá evitar rupturas, escisiones o enfrentamientos demasiado duros; si es que lo consigue y de aquí al mes largo que falta para su Congreso extraordinario no aparecen sorpresas mayores. Va, probablemente, a conseguir una chapuza para seguir siendo un gran partido electoral, una alternativa para un tiempo no próximo, una posibilidad de gobierno de coalición. No va a ganar mucho en ningún aspecto ideológico. Esta chapuza será una chapuza más en un reino de chapuzas, en un mundo de chapuzas. Es una cuestión de época. ■